



Max Estrella
Ediciones

LLANTOS DE SANGRE

LLANTOS DE SANGRE

CHRISTIAN MARTIN



Max Estrella
Ediciones

Segunda edición: octubre de 2016

© Comunicación y publicaciones Caudal, S.L.

© Christian Martin

© Ilustradora: Isa Escandell

ISBN: 978-84-945976-1-9

ISBN Digital: 978-84-945976-2-6

Max Estrella Ediciones

editorial@maxestrellaediciones.com

www.maxestrellaediciones.com

*Dedicado a Pablo, por animarme a escribir este libro;
Sarah, por querer estar en él,
y Angelines, por creer en mi lado malvado.*

Prólogo

La lluvia golpeaba contra el cristal del salón.

La sala estaba a oscuras, salvo los pequeños haces de luz de alguna farola solitaria que se colaban entre las cortinas. Aun así, cualquiera podría haber visto la silueta que rondaba por la sala. De un lado al otro y vuelta a empezar.

Era muy tarde. Lo bastante como para que raramente pasara algún coche por la calle. Sin embargo, ella estaba despierta. Más que una silueta, parecía el espectro de un fantasma en mitad de la noche. Con el pelo largo y oscuro cayéndole por la espalda. Los pies descalzos. Las manos a los lados, agarrotadas. Los ojos abiertos de par en par, inyectados de sangre.

Dio otra vuelta por el salón, mirando a los lados con unos ojos sumidos en la sombra. Daba la impresión de que estuviese esperando la llegada de alguien, con impaciencia... Otra vuelta, pero esta vez se dirigió hacia las cortinas. Con la mano, corrió la tela sedosa lo suficiente como para ver a través de los cristales medio empañados.

Entonces, se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Sacó un móvil negro y un pequeño bloc de notas. Los miró durante un buen rato. Cuando se decidió, desbloqueó el móvil y abrió el bloc. Prácticamente, era imposible discernir ni una sola palabra o número. Casi todo estaba tachado y reescrito de nuevo como por quien escribe una idea, la desecha y al rato le vuelve a dar otra oportunidad, una y otra vez. Números ininteligibles y escritos con una mano rápida, pero sin alma. Y todos habían sido tachados, masacrados por decenas de garabatos superpuestos, salvo sólo uno de aquellos números; aún así, era difícil leerlo.

Se lo quedó mirando durante unos breves segundos, pulsó la opción de llamada y marcó el número. Se llevó el aparato al oído y esperó a que cogieran el teléfono. No tardaron en cogerlo.

—¿Sí? —contestó una voz de mujer, ronca.

La chica no dijo nada. No había pensado qué decir si finalmente marcaba aquel número. Había estado tan obsesionada en si llamaba o no, que se le había escapado el detalle de qué diría.

—¿Oiga? ¿Hay alguien ahí? —Hubo un par de ruidos y crujidos al otro lado de la línea—. Por Dios, son las cinco de la mañana; la gente duerme, ¿vale?

—Julia, soy yo —dijo la chica simplemente, palabra por palabra, como si le costase.

—Yo, ¿quién? Espero que tenga una buena razón para llamarme a estas horas.

Silencio. ¿Por dónde comenzar a contestar? Pero no hubo respuesta alguna. Pasaron veinte segundos más de silencio, hasta que dijo:

—Soy Eva. Me llamó la semana pasada...

—Eva... Sí, claro, Eva. ¿Qué tal te encuentras? —dijo enseguida, cambiando el tono de voz seco a uno fingido y casual, desinteresado. Esperó unos segundos a que contestara, pero al ver que no decía nada le preguntó—: ¿Ha pasado algo? Son las cinco de la mañana.

—Es que no podía dormir. Lo siento si la he despertado. —Al otro lado del teléfono se oyó una especie de bufido tímido, como si no fuera obvio—. He estado pensando en lo que me propuso y he decidido aceptar su oferta... Pero con ciertas condiciones.

A cada palabra que decía se iba acelerando, recobrando la velocidad a cada segundo. Julia, al otro lado del teléfono, le pidió un momento. De nuevo se volvió a oír un ruido, esta vez parecía como si hubiera dejado por un momento el teléfono sobre una superficie dura, como una mesa de mármol. Pero no tardó en cogerlo y hablar más despejada.

—Por supuesto, Eva. Lo que quiero que sepas, es que si lo haces es por tu propia decisión. No quiero que te sientas obligada o coaccionada a hacerlo... Aunque sí me gustaría que fuera yo quien llevase el proyecto adelante, claro...

En esta ocasión fue ella la que permaneció muda, esperando una contestación. Por su tono de voz, ya más relajado y aterciopelado que cuando cogió el teléfono, se transparentaba el interés que en vano intentaba ocultar. Era la voz suave de quien intenta conseguir algo que desea tanto; sin embargo, era visible su temor a que se evaporizase de un segundo a otro.

—Sí, lo hago por mi propia decisión. No me siento obligada en absoluto. Estoy decidida, aunque, como ya he dicho, sólo con algunas condiciones —repitió haciendo énfasis en la última palabra.

—Perfecto. Si te parece bien, Eva, podemos reunirnos por la mañana en mi despacho y lo hablamos tranquilamente y descansadas. Necesito que estés con fuerza y lo suficientemente despejada como para encontrarte a gusto durante todo momento —aclaró la mujer, permitiéndose un pequeño tono profesional—. ¿Te viene bien a las nueve y media?

—Sí, claro, esa hora es buena —contestó Eva.

—¿Quieres que te mande la dirección? —preguntó la mujer.

—No, sé dónde es.

—Pues entonces, nos vemos en mi despacho a las nueve y media. Descansa, adiós.

1. La oferta

La mañana se despertó más alegre después de toda una noche de lluvia.

Hasta las palomas y algún que otro pajarillo había madrugado para recibir el nuevo día. Jugando bajo el tímido sol, oculto entre las últimas nubes, que se negaban a dispersarse. Las aceras estaban encharcadas, pero limpias. Pues no había nada mejor que una buena lluvia para limpiar las calles de suciedad.

Era increíble cómo se despertaba la ciudad. Desde los primeros coches y camiones. Los primeros en abrir los negocios eran las pequeñas tiendas de alimentación, donde sus encargados, todos de Oriente Medio, ayudaban a los repartidores a meter los paquetes del camión en sus tiendas entre gritos. Nadie sabía si descifrarlos como protestas o conversaciones amistosas.

Luego comenzaban a abrir las cafeterías. El sonido forzado y tintineante de la cafetera y los platos en el mostrador, el delicioso olor dulce de los primeros bollos y tostadas con mantequilla y mermelada daban los buenos días a los primeros y más madrugadores clientes del día. Estos salían con su café mañanero en una mano, desprendiendo una pequeña hilera de vapor al contacto con el frío del exterior.

Después, poco a poco, salía la gente de sus casas, con abrigos hasta arriba. Los jóvenes y adultos, siempre con prisas, con sus mochilas o sus carteras de trabajo, y sin olvidar las caras de pocos amigos y sueño acumulado. A lo suyo, directamente a los coches, bocas de metro o los primeros autobuses que pasaban por las paradas. Si había algo gracioso a aquellas horas era ver a las mujeres inmaculadamente vestidas con sus trajes de oficina. Al final del día, en vez de volver con sus zapatos de tacón, volvían con unas zapatillas de deporte que destrozaban completamente el conjunto.

Sólo los turistas eran los que paseaban tranquilamente, sin ninguna prisa aparente, disfrutando de los primeros cigarrillos de la mañana mientras decidían por dónde ir y por qué sitios pasar primero, vacilantes.

Daba gusto ver las calles a esas horas. Oír los cerrojos de las tiendas, con prisa por no abrir tarde. Las dependientas intentaban abrir las puertas cargadas hasta arriba de cosas. Y siempre había ocasión para algún bribón de soltar el primer piropo y hacerse el galán, sujetando los bártulos, aunque en muchas ocasiones atrajeran miradas reticentes. Ya habían pasado décadas desde que aquellas acciones bienintencionadas no se veían con buenos ojos.

Aunque, claro, a la hora de uno coger un taxi... Eso era lo difícil. Bastaba que llevases prisa para que el único taxi que pasa por la calle ya estuviese ocupado o que el primer listillo lo cogiese enfrente de tu cara, haciendo oídos sordos a tus quejas.

Pero eso no era problema para Eva. Una chica como ella se podía alojar en el hotel donde estaba, e incluso aprovecharse del servicio de chóferes de éste. Sin embargo, tenía aquel taxi negro en la puerta, esperándola desde hacía media hora. El taxista se había permitido fumar más de un cigarrillo, mientras en el contador los números se acumulaban sin gastar ni un ápice de gasolina.

Cuando los porteros de negro y dorado de El Ritz Hotel saludaron a la chica y ésta salió con unas gafas de sol negras, el conductor rápidamente tiró el cigarrillo al asfalto y fue a abrirla la puerta trasera. Una vez acomodados los dos en el vehículo y tras pedirle ella que la llevase a Trafalgar Square, el hombre, un nativo inglés entrado ya en los cuarenta y tantos, encendió el motor y salió a la calle principal.

El taxista se permitió unas cuantas miradas por el retrovisor a la chica. Había algo en ella que se le hizo familiar desde que la vio bajar por las escaleras del hotel. No tenía muy buena cara, ojerosa tras las gafas y perceptiblemente cansada. Tal vez le hacía aparentar uno o dos años más, pero resaltaba a la vista que era una veinteañera. Con un pelo castaño, suave y brillante; una piel morena y tostada, más que la de cualquier nativo de tez blanca de aquel país, por el que el sol más bien escaseaba, y una ropa de lo más ajustada, bajo un abrigo de alta costura que no permitía al indiscreto taxista poder ver más allá.

—Su cara me suena —dijo el hombre con tono alegre, intentando crear tema de conversación. Volvió a echarle una mirada por el espejo—: No sé exacta... —su tono se aseveró un poco, mientras intentaba descubrir de qué le sonaba tanto aquella chica. Tras uno o dos minutos, cayó en la cuenta—: Sí, claro, Eva Rodríguez. Hace tiempo que no sale en la prensa.

—Domínguez, Eva Domínguez —aclaró ella sin ganas—. Y si no le importa me gustaría no hablar.

La chica no había contestado mal; había sido refinada y con tacto. El hombre asintió y puso la radio. Cuando no tenía un cliente muy hablador, como aquel, era el mejor remedio para la incómoda situación de silencio. Fijó la vista en la calle Picadilly, que a esas horas estaba más silenciosa de lo que solía estar, llena de turistas dirigiéndose a las entradas de las tiendas más conocidas y bloqueando o retrasando el paso de la gente al andar. Sólo cuando la chica le pidió que parase, absurdamente, tras haber recorrido la misma distancia que se cubriría en diez minutos andando desde el hotel donde se hospedaba, el hombre abrió la boca para pedirle ciento treinta libras por el recorrido.

Cuando ella abrió la puerta, él pareció dudar en decir algo. Apenas consiguió balbucear unos pocos sonidos ininteligibles. La chica le miró, pero salió al ver que él de nuevo giraba la cabeza y miraba al frente, arrepentido y avergonzado.

Eva miró a la calle con mirada abatida. Tiempo atrás, no habrían dudado en pedirle un autógrafo para un amigo o familiar, que curiosamente compartía el mismo género que la persona que se lo pedía.

Se quitó esos pensamientos de la cabeza, cerró la puerta del taxi y comenzó a andar.

Teniendo la National Gallery a su izquierda, atravesó la plaza llena de turistas. Estos estaban repartidos por toda la plaza, haciendo fotos en las dos fuentes centrales o en los leones que rodeaban la alta Columna de Nelson, la cual se alzaba majestuosamente por encima de todos, observando la ciudad con su fría mirada de granito. Cruzó la calle y se dirigió a Whitehall Street, siguiendo la mirada de la estatua y bajando hacia Westminster. Siempre le había encantado aquella parte de Londres. Con sus aceras, pavimentos y edificios cuyas pomposas dimensiones eran el doble que las de otras calles, le hacían a uno sentirse importante.

Fueron apenas unos minutos. Sin necesidad de bajar mucho por la calle, cruzó alguna más y acabó en la calle Whitehall Court, donde encontró el edificio al que se dirigía.

Llamó al telefonillo, cuando le abrieron, entró al lujoso recibidor y subió hasta el último piso en el ascensor. Allí, sólo le bastó una mirada al espejo para el resto del día. Las ojeras estaban a punto de explotarle, y los ojos enrojecidos eran otra cosa aparte. Ni siquiera se dignó a colocarse el pelo o cerrarse bien el abrigo.

Una vez el ascensor le dio la señal de que había llegado a la tercera planta y las puertas se abrieron automáticamente, oyó cómo se abrió una puerta en el pasillo. Al salir se encontró con una planta aún más lujosa que la recepción, todo recubierto de mármol pulido y con paredes que bien podrían pasar por un cuadro de Picasso. A su derecha se hallaban dos puertas. La que se estaba abriendo en ese mismo momento, de un negro azabache y hecha de lo que parecía ser media tonelada de hierro blindado, hizo paso a una mujer de una belleza impresionante.

Desde los impolutos zapatos de tacón beige hasta el recogido de la melena larga, rubia, perfectamente peinada y atada con una simple coleta, estaban milimétricamente estudiados.

Era el prototipo de mujer «diez»: entre unos treinta a cuarenta años, con estilo propio para vestir, profesional, poderosa, atractiva, alta, esbelta, pechos aún altos y vigorosos, labios carnosos y seductivos, y unos ojos verdes, ahora realzados por sombras marrones.

—Hija mía, ¿has podido dormir algo?

—He intentado dormir un rato —contestó Eva, con una voz suave que para nada iba acorde con su semblante—. Usted es Julia, ¿no?

No era una pregunta. Conocía perfectamente a aquella mujer; aunque, no en persona. Había visto muchos de sus programas de televisión y las noticias durante muchos años, además de haber oído sobre sus libros. Por otro lado, incluso sin la referencia visual, la voz de la mujer hubiese sido difícil de olvidar. Tenía algo especial que por teléfono había sido capaz de percibir desde la primera frase. Era una voz con un tono aterciopelado muy acogedor que creaba confianza, lo que en pantalla ayudaba a crear la imagen de una mujer muy directa y segura de sí misma. Tal vez por eso era la única a la cual no tachó en su bloc de notas ni una sola vez.

—Sí, pasa. Pero puedes tutearme —dijo Julia, abriendo la puerta del todo y dejándole pasar a un brillante recibidor.

Eva dio unos pasos y se sorprendió del buen gusto de la mujer para la decoración. La chica no sabía exactamente qué era lo que esperaba, pero desde luego no lo que se encontró.

Cuando la mujer cerró la puerta y le hizo un gesto para que la siguiera, se dio cuenta de que no tenía el típico despacho con moqueta y muebles de tonos oscuros. Éstos solían conseguir que todos los pequeños detalles se mimetizaran con su alrededor y uno se los perdiese si no se fijaba bien.

En cambio, allí todo lo visible era de color claro, o bien totalmente blanco. Y a esas horas de la mañana, que dejaba al sol tímido de septiembre colarse por las blancas nubes entre los estores, parecía más bien las puertas al cielo que un despacho serio y frío.

Sin embargo, no se entretuvo mucho observando detalladamente la sala. No dejó siquiera tiempo a la mujer de ofrecerle un asiento cuando comenzó a hablar, en mitad de la sala y con las manos cerradas alrededor del asa de su bolso:

—Sólo tengo una condición para darte lo que tú y otros tantos, demasiados diría yo, habéis tratado de conseguir durante tanto tiempo.

Ahora sí, hizo una pausa para dejar a la mujer sentarse mientras ella echaba una sucinta mirada a su alrededor. Todo estaba limpio y recogido, pero no como si acabasen de ordenarlo. Parecía ser su estado natural: los libros, en las estanterías; las rosas blancas, en un jarro de cristal sobre una mesita de café; las tarjetas de visita, en una esquina del escritorio bien alineadas y rectas; los escasos marcos de fotos, con un brillo único y límpidos.

—Así que quieres ir al grano, ¿eh? Me gusta. ¿Tal vez un té mientras hablamos? —preguntó la mujer, sonriendo. Una vez que la joven asintió, le invitó a seguir—: Dispara.

Eva la miró a los ojos, como si fuera la primera vez. Parecía como si quisiera ver a través de los ojos verdes claros de la mujer e intentar leer sus intenciones en aquel asunto. Tras lo que pareció ser un minuto, dijo:

—Me da igual cómo prefieras contar la historia, lo único que quiero es que no se omita ninguna de las palabras que te voy a contar. Ni una

sola coma ni un solo dato, aunque te parezca insignificante —terminó con un tono un tanto abrupto.

Julia se quedó pensando unos segundos. Cuando habló, lo hizo con la misma presteza delicada que utilizaría de encontrarse en un programa de televisión:

—Permíteme una curiosidad. ¿Por qué lo vas a hacer? ¿Por qué no prefieres ir a una rueda de prensa directamente? Y, ¿por qué has aceptado venir a mí?

Eva no lo dudó. Lo tenía claro.

—Porque he sufrido mucho durante mi silencio: tanto yo, como mi carrera, mi familia y la de mis... amigos. Creo que la gente debería de cerrar el pico de una vez y dejar de extender mentiras. Las familias de mis amigos necesitan una explicación racional sin ningún titular de primera plana con un policía con cara de imbécil. Estamos hartos de policías intentando explicar algo que ni han vivido ni entienden por mucho que les den todas las pruebas posibles. Por eso, finalmente me he decidido a aceptar tu oferta: no creo que haya nadie más indicado y más experto que tú...

—Pero ¿no crees que sería mejor llamar a las familias y contárselo tú misma? —atajó Julia, a lo que rápidamente añadió—: Esto no quiere decir que no quiera dar yo la noticia, entiéndeme. Pero me parece raro todo esto. Seguro que te han llamado cientos de reporteros, queriendo sacarte la información por una sabrosa cifra. Y que elijas a uno de ellos en vez de decirlo tú, dar la cara ante las familias.

—No lo hago para contárselo a las familias. Ellos ya conocen lo que quiero contar y me han dado su consentimiento. Ellos mismos creen que será lo mejor para mí. Lo he pasado muy mal —repitió la chica agachando la cabeza y mirándose los dedos de las manos, con las uñas mordidas—. A lo mejor no lo comprendes ahora. Pero cuando sepas todo, lo entenderás.

Hizo una pausa. Miró hacia otro lado intentando despejarse la mente. Cuanto más lo pensaba más se desquiciaba y más lágrimas le venían a los ojos. Suspiró y metió una mano en su bolso. Sacó varios papeles doblados por la mitad y se los tendió a la mujer sobre el escritorio.

—Aquí encontrará los consentimientos firmados de las familias y el mío propio —informó la chica, ante la mirada de desconcierto de Julia—. Y creo que te alegrará saber que ni las familias ni yo misma

queremos ni un centavo de todo esto, en todo caso donar el dinero a organizaciones que de verdad necesiten ese apoyo.

Julia se quedó sin palabras. No sabía qué debía decir ante aquellos papeles. Obviamente su cara era un poema: la alegría y el shock le habían producido un tic en los labios muy delatador. Jamás se lo habían dado tan fácil. Y no es que no hubiese luchado por aquel momento. Había pasado mucho tiempo ya desde que puso interés en la chica. La había llamado, la había buscado hasta casi debajo de las piedras. Le había mandado cartas, regalos, hablado con todas las personas más cercanas a ella. Todo lo que había hecho falta y más.

Hacia prácticamente dos años que había presentado su carta de dimisión a su jefe, en la cadena que le había dado todo el poder que hoy en día seguía teniendo. Tras años de experiencia en programas de prime time, un programa con su propio nombre por las mañanas, los telediarios más vistos de todo Reino Unido, los artículos más destacados y alabados en periódicos de gran tirada internacional, entrevistas exclusivas con la gente más importante del momento, cuatro libros número uno en más de veinte países... Ella seguía buscando lo que llamaba su «¡Jodido Boom!». Aquello que le hiciese dejar de querer más y más. Aquello que le dejase irse a la cama y despertarse descansada y alegre.

Necesitaba aquella historia. Lo sabía desde el primer momento que escuchó el eco de los titulares. Aquella joven había sido capaz de atraer a toda la prensa nacional e internacional. De tal manera que, dentro de ella, algo le gritaba, diciéndole que ella se tenía que hacer con esa historia.

Hasta ahora sólo se habían escuchado mentiras, una detrás de otra. Temblaba de emoción al pensar cuánto conseguiría desnudando, perfilando y desvelando aquella historia en exclusiva por primera y última vez. La única verdadera versión de los hechos. Por esa razón, se había dicho a sí misma que no pararía hasta que la consiguiese para ella. Y tener a aquella muchacha delante, hablando seriamente y sin dudar en una sola palabra, le hacía palpar el corazón a mil por hora.

—Así que, cuando quieras comenzar, yo estaré preparada —finalizó la joven.

La mujer estaba leyendo detenidamente los papeles que le había dado Eva. Mientras, el agua hervía poco a poco en la tetera eléctrica que había detrás de su escritorio. Sobre una repisa, tenía tazas de té, platillos, una cajita con pastas de diferentes colores y unos botes con varios tipos de té. Cuando la tetera terminó de calentar el agua, dejó los papeles sobre la mesa y se giró para preparar el té.

—Muy bien, sólo me queda una pregunta. Cuando diste tu versión de los hechos en el interrogatorio a la policía y más tarde ante el juez, les comentaste que no estuviste presente en todo momento, pero, si no me equivoco, dijiste que en la casa había cámaras de seguridad en todas las habitaciones principales. ¿Las has... visto por ti misma? —Dudó un momento. No quería parecer borde o inquisitiva—. Te hago esta pregunta, Eva, porque si no...

—Si tu pregunta es si ya he visto las cintas y sé con claridad lo que pasó, mi respuesta es sí. No tendría la desfachatez de contar algo sin estar segura —aclaró la chica tajantemente, dejando la duda aclarada—. Una vez la policía hizo las copias pertinentes, se aseguró de lo que pasó y me devolvió los originales, tardé en verlas. Pero no podía quitármelo de la cabeza. En un principio me negaba siquiera a tocarlas, dentro de la misma bolsa de papel en la que me las devolvieron... Pero al final, me dije que si no las veía, aunque la sentencia final del juez del caso estuviera claramente detallada y finiquitada, nunca aclararía mi mente.

»Le aseguro que son totalmente horribles y que tardé en aceptarlas, pero la verdad es siempre la verdad. Y aunque nos duela a veces, es lo que hay, por muy imposible que parezca. Pero, aun conociendo la verdad, por mucho que viese las cintas no me lo creía... e incluso ahora mismo me cuesta cuando intento obligarme a verlas.

El despacho quedó en silencio, salvo por los bramidos de los motores de los coches que pasaban por la calle.

Julia, aun por mucho que ya supiera del caso, no sabía con certeza de lo que estaba hablando la joven. Había muchas lagunas en su caso, lagunas que no podía esperar a destapar. Lo que sí sabía era que la chica no mentía. La sentencia del juez se había dado unos pocos meses tras su dimisión, dos años atrás, al poco tiempo de los acontecimientos que Eva intentó que no salieran a los medios de comunicación. Sin embargo, la prensa de todo el país y del continente entero no se resistió

a sacar a la luz los pequeños trozos que se habían podido filtrar sobre aquel bombazo.

Por supuesto, siempre contaban lo que a ellos les interesaba o lo que más fuese a vender, sin importar trastocar una o dos palabras para que todo pareciese dar la vuelta. Ella lo sabía bien. Ella había sido una ficha más en aquel juego de ajedrez sin jaque mate, en el que a nadie le importaban las reglas o los sentimientos. Lo importante era ser rápido, hacerse oír y sacar tajada. Siempre había sido así. Era un negocio.

Sólo podía pensar que aquella versión original, todavía sin desvelar por los medios, iba a ser una historia inolvidable. Incluso en ese momento, en el que se desconocían casi todos los datos y del que tanto se había hablado sin saber, los más jóvenes la recordarian y pasarían los años sin que nadie la olvidase. Y Julia sabía que si la chica lo hacía no era por limpiar su imagen: hacía ya tiempo que Eva no salía en televisión, como ella misma. Lo hacía porque de verdad quería quitarse ese muerto de encima, ese peso que llevaba desde hacía más tiempo del necesario.

Tantas veces la había visto en las noticias y en los programas de salsa rosa cuando los reporteros, con cámara y micrófono en mano, la acosaban a preguntas. Tantas declaraciones de unos periodistas en contra de ella, con total frialdad; y otros tantos a favor, pero al mismo tiempo sin parar de meter el dedo en la llaga, tan profunda que la perseguía todos los días sin poder poner remedio.

Así pues, no dudó un segundo más. Aquella era una gran oportunidad para su carrera. La chica sólo le había pedido que no omitiese ninguna palabra o dato sobre el tema y el no sacar tajada. ¿Qué más daría qué otras condiciones le impusiera? La chica le estaba regalando la oportunidad de su vida, valorada en cantidades de ceros para su cuenta bancaria, y el pedestal final en su carrera.

—Muy bien, pues —dijo, dejando la taza de té ante la muchacha y sorbiendo un poco de la suya—. Como ya te comenté, en nuestra última conversación de teléfono antes de anoche, la oferta es simple. Tras haber hecho algunas llamadas a mi antiguo jefe de la BBC, he acordado una entrevista que será emitida en dos emisiones: una, un día, y la otra, al siguiente. En las dos emisiones se mezclarán la entrevista que te haré yo misma, en esta misma sala, con las imágenes de las cámaras de

seguridad. Como tengo entendido que algunas de ellas no se podrán mostrar en televisión, se hará una versión con actores en todos esos momentos no aptos para el público... Sólo tú, mi marido, quien estará a cargo de la grabación y montaje del material, y yo.

»Además, al mismo tiempo me gustaría escribir un libro sobre los hechos, completamente separado del programa y en el cual serás totalmente libre de aprobar lo que quieras que se escriba. Obviamente me gustaría dejar claro y cristalino que, en comparación, ni tú ni yo estaremos al cargo de la decisión final sobre qué saldrá en cada una de las emisiones y si deciden cortar algún trozo de la historia en el programa. Sé que conoces cómo funciona la televisión y no te quiero mentir. Sabes que no puedo hacerte esa promesa, salvo con el libro, en el que serás la única que mande en qué debe y no debe ser escrito.

Hizo una pausa, en la que aprovechó para echar otro sorbo al té y mirarla fijamente e intentar leer sus pensamientos a través de sus ojos. Abrió el primer cajón del escritorio. De dentro sacó una carpeta azul, que abrió y puso delante de la chica. La dejó junto a un bolígrafo, al lado de los papeles del interior.

—Esos son los contratos que necesitas firmar antes de empezar. Y si quieres y te encuentras en condiciones, mañana mismo podría tener todo preparado para empezar a grabar. Necesitaríamos las cintas de las cámaras de seguridad y, si es posible y das el consentimiento, el mismo diario que la policía te confiscó y les ayudó a comprender todo. Sin estos elementos, podríamos perdernos los más pequeños detalles de los acontecimientos y podría no hacer las preguntas adecuadas. Respecto a ti...

Hizo otra pausa, esta vez calculando sus palabras. Se acababa de dar cuenta de cómo había cambiado la situación en cuanto comenzó a hablar. La chica había sido la que había puesto cada punto en su lugar al principio de la conversación; ella estaba haciendo lo mismo ahora, pero de golpe y sin suavizar como solía hacer en esas ocasiones, para no asustar a nadie. ¿Era mucho lo que pedía? ¿Demasiada cantidad de ambición concentrada? No quería que la joven se echase atrás.

—Como te comenté anoche —prosiguió Julia, sonriendo y suavizando la conversación—, necesito que tengas encima el descanso suficiente

para sentirte con fuerzas y con la mejor presencia posible. Es obvio que necesitas tranquilizarte y dormir bien para parecer descansada y fresca. Necesitamos lo mejor de ti como sé que una chica de tu edad y con tu talento nos puede dar.

Eva sonrió por primera vez en todo el día.

La gente de a pie siempre pensaba que los famosos eran como perfectos dioses. Y Julia, siendo parte de la lista privilegiada de gente famosa, sabía que no era cierto. Eran tan humanos como cualquiera. No tenían esa piel perfecta que no conocía el acné o el cansancio. No iban siempre vestidos de la mano de los más importantes diseñadores de moda del momento. Y a la chica le encantó cómo la mujer le acababa de recordar tras tanto tiempo, con su fina palabrería, que su apariencia en esos momentos era inadecuada.

—Por supuesto, te agradezco tu completa sinceridad —dijo la chica aún sonriendo. Comenzó a leer, rápida y detenidamente los contratos que la mujer le acababa de dar, y firmó en las casillas que habían sido rodeadas con un rotulador fosforescente y verde lima. Cuando terminó, los volvió a colocar y a sujetar en la carpeta azul y preguntó—: ¿Necesitas algo más?

—No, creo que eso era todo lo que necesitaba. Asegúrate de dormir bien y traer la mejor de tus sonrisas. Estás preciosa cuando sonríes y hace tiempo que no se te ve así.

—La verdad es que sí... Por cierto, ¿me podrías poner otra cucharadita de azúcar en el té?

Al día siguiente, tras haber dormido bastante bien, con la ayuda de unas nuevas pastillas que le había recomendado el médico, se sintió algo más alegre. Estaba preparada para la entrevista con Julia. Pensó sobre qué ponerse para el momento. Eva sabía cómo eran esas cosas. La gente hablaría mucho, criticaría o alabaría hasta el más pequeño detalle de todo.

Cuando Julia le abrió la puerta de su oficina, se quedó sorprendida de la bellísima chica que se encontraba al otro lado, con tacones blancos y altos que alzaban unas piernas esbeltas y bronceadas por el sol. Sus ojos adoraron el vestido que le caía a los lados de las caderas, de un